

tuado entre el hombre y el globo, puesto que cada individuo puede ya prever, anticipar y hasta vivir el día en que se establece sobre un suelo de elección, sobre una tierra que se había « prometido » á sí mismo, se hace una distribución normal de los hombres en las diversas partes de la Tierra en proporción de sus elementos de acomodación. El exodo de unos veinte millones de Europeos hacia la América del Norte ha sido el resultado más importante de esta movilidad del hombre, pero otras regiones templadas y hasta tropicales del Nuevo Mundo se han poblado también y se poblarán todavía más. Una gran parte de las extensiones siberianas y de la China exterior, la Australasia y muchas comarcas africanas reciben y recibirán de la misma manera nuevas poblaciones: el género humano, como el agua del mar, busca su nivel, y actualmente puede hallarlo fácilmente por la desaparición, al menos parcial, de los obstáculos que dificultaban su movimiento.

Como conviene á un organismo tan extenso y tan complejo como es el del cuerpo mundial, el conjunto de la humanidad escoge espontáneamente tal ó cual centro para la gerencia especial de una clase de intereses ó para la discusión profunda de ciertos problemas: lejos de reconocer una capital única, designa, en consideración de las ventajas que de ella han de resultar, una ciudad del mundo civilizado, en Europa ó en el Nuevo Mundo, como lugar de administración permanente ó de reunión temporal. En ciertos casos, los gobiernos, obrando como individuos, eligen la ciudad directora, frecuentemente la iniciativa pertenece á las sociedades científicas ú otras, guiadas en la adopción por la importancia de los trabajos realizados en tal ó cual punto, y algunas veces hasta por la belleza del lugar. Á decenas se han constituido así centros naturales, aceptados por todos en perfecta unanimidad. De ese modo París es la ciudad escogida por todos los Estados para residencia de la « Comisión del metro »; Londres, ó por mejor decir, su suburbio Greenwich, está señalado por el meridiano internacional común, y allá se centralizan los informes relativos á las longitudes terrestres; « la hora de Greenwich » regula los cronómetros de todo el mundo, según un modo de convenio al que únicamente Francia ha negado su aprobación. Berna, que no pasa de ser una humilde capital comparada con las grandes ciudades del mundo, ha sido tomada para estación central de organización

para Correos y Telégrafos, como también para órgano internacional de los Ferrocarriles, el secretario de las Sociedades de la Paz, la oficina de Propiedad artística y literaria, etc., etc. Las sociedades sabias se agrupan alrededor de Roma para la estadística, y los geólogos se dirigen á Berlín para la confección de su mapa común, mientras que Bruselas, ya centro del «Instituto Colonial Internacional» y de la «Oficina geológica», se ocupa de dirigir á los bibliógrafos el boletín de todos los libros, artículos y documentos diversos publicados cada año¹. Ginebra es la residencia de la «Convención» para la asistencia de los heridos en los campos de batalla; Estrasburgo centraliza los informes relativos á la seismología; un palacio ha de erigirse en La Haya para recibir los «delegados de la paz», etc.



UN ESQUIMAL

Además de los centros de actividad que conviene no desplazar para conservar la regularidad del trabajo, hay puntos de reunión, variables cada año ó en diferentes períodos, que atraen los interesados, sabios, artistas, industriales ú otros, hacia las comarcas que, según

las épocas ó el trabajo especial de que se trate, parece que tienen la mayor fuerza de atracción. Esos puntos de reunión se convierten en realidad, durante algunos días, en los centros naturales donde espontáneamente se dirige la vida de la humanidad. Los congresos itinerarios pasean libremente sobre la Tierra sus obras colectivas.

Ampliándose el espacio, la mejor organización de los recursos permite á la población aumentarse indefinidamente de año en año, de década en década, y cada nueva evaluación hecha por los etnógrafos desde el principio del siglo XIX, prueba que hay un notable aumento. ¡Y sin embargo, se han verificado inútiles exterminios, como si al hombre le faltase sitio para vivir! Verdad es que en la serie de tribus eliminadas, se cuentan muchas que no se han supri-

¹ «L'Office Bibliothèque» de Bruselas ha adoptado la clasificación decimal (Principio Melvil Dewey).

mido voluntariamente y que han muerto sólo á consecuencia de haber sido impotentes para hacerse un nuevo medio. Los Europeos van por todas partes acompañados de un cortejo de enfermedades, terribles guardias de corps de que suelen servirse inconscientemente llevándolas por delante para hacerse sitio, y merecen el nombre que les dan los Tinehs de la América boreal, *Ewie Daellini*, «los que arrastran la muerte tras de sí»¹. De ese modo han desaparecido

hasta el último muchos insulares oceánicos, no porque se les haya exterminado de propósito deliberado, sino indirectamente por el medio creado á su alrededor. Así también la llegada del hombre blanco á las regiones boreales ha hecho desaparecer los autóctonos. Y los Lapones rusos de la península de Kola se hallan evidentemente en vía de extinción: enfermos en su mayor parte, cubiertos de llagas y de úlceras, sucios y nauseabundos, tristes y desinteresados de sí mismos, disminuye gradualmente su número, y no cuentan ya, al principio del siglo XX, más que 16,000 individuos repartidos en veinticinco villas, sobre un espacio de unos 100,000 kilómetros cuadrados². Los Esquimales de la Groenlandia polar eran toda-



UN NIÑO ESQUIMAL

vía 300 en 1890; doce años después habían disminuído un tercio (Peary). Del otro lado de las tierras boreales de América, desde la punta Barrow á las islas Aleutianas, no hay más que 500 indígenas, donde vivían cinco veces más á la mitad del siglo XIX. Empobreciendo los mares boreales, los balleneros han suprimido los recursos que permitían á los ribereños continuar el combate de la vida.

La destrucción de los aborígenes ha sido frecuentemente voluntaria: el fusil, el veneno, los contagios conscientemente diseminados han hecho obra de muerte. Así los colonos de la Tasmania mataron todos los «negros» de la isla; hasta se daban primas á los asesinos para adelantar la tarea, y había cazadores dedicados á la

¹ Petitot; Elie Reclus, *Le Primitif d'Australie*, págs. 371 y siguientes.

² Gœbel, *Globus*, n.º 16, 23 de Octubre de 1902.

caza humana; la última mujer de Tasmania, una vieja de setenta y cinco años, llamada por burla Lalla Rook, fué muerta en 1876, como una mona, entre las ramas de un árbol donde se había refugiado. Otras tribus australianas fueron destruidas de la misma manera, y en el Queensland se tuvo la ingeniosa idea de instituir una policía «negra», es decir, indígena, destinada al exterminio de los vagabundos de su propia raza que se hallaren en las inmediaciones de los campamentos. Los Guanches de las Canarias habían sido ya muertos ó vendidos en su mayor parte fuera del Archipiélago, desde el siglo XVI, y el último insular de pura sangre murió en 1828. La América del Norte, sobre todo California, fué un inmenso matadero de los aborígenes: desaparecieron naciones enteras, hace cerca de un siglo, en la época en que Cooper escribió su libro *El último Mohicano*, verdad, no tan sólo para los Indios de aquella tribu, sino también para muchas otras poblaciones cazadoras del Nuevo Mundo. En la América meridional los Españoles y los Portugueses realizaron una obra de destrucción análoga á la de los Anglo-Americanos de la América del Norte, y en las Antillas no quedan ya descendientes de los millones de naturales que encontraron allí los conquistadores: apenas 120 Caribes en los bosques de la Dominica, es todo lo que queda de las antiguas tribus, con algunos mestizos de San Vicente y los de las islas de la bahía, en la costa de Honduras. En la Tierra del Fuego dura todavía la caza del hombre: la mitad muere de tisis en las misiones.

Hubo expulsiones en masa, especialmente aquella cuya terrible responsabilidad aceptaron los Rusos, después de la ocupación de los altos valles caucásicos, que fueron á la vez matanzas parciales, porque semejantes éxodos no pueden realizarse sin ocasionar una formidable pérdida de hombres, por efecto de las enfermedades, del hambre, de la nostalgia, de los conflictos con los extranjeros. Perdiendo su patria y su nombre los desgraciados pierden su alma. ¿Quién hablará ya de los Tcherkesses, de los Abkhazes, de los Tchetchenes ni de los Lesghienses? Se han confundido con los Turcos, los Griegos y otros, entre los cuales se hallan los trozos de tierra que se les ha distribuído. Sin embargo, continúan existiendo representantes de la raza, y si se habla de la desaparición total de

esas tribus sólo se tendrá razón á medias, porque su muerte no es más que aparente. Muchas naciones son así consideradas como destruídas, cuando no han hecho sino asimilarse á las poblaciones circundantes. A lo menos su descendencia se ha conservado, como la de los Sabinos ha persistido en Roma, como la de los Iberos y los Liguros persisten en las Galias, é Inglaterra tiene sus Bretones. La sangre de los Algonquines y de los Seminolas se encuentra entre los Americanos del Norte, y la de los Araucanos entre los Hispano-Chilenos.

Varios estadísticos han aventurado la evaluación del número de hombres que podría alimentar nuestro globo planetario. Esa evaluación depende en primer lugar del género de vida que se suponga al habitante medio, porque una población cazadora de unos 500 millones viviría estrecha en este globo donde viven hoy triple número de hombres; pero si se trata de basarse sobre la alimentación media del Europeo, ¡cuántos puntos sujetos á controversia suscita semejante estudio! La productividad de los diferentes territorios depende de factores tan poco conocidos todavía, la «ración necesaria» varía aún de tal modo, según los autores especialistas, que no ha de extrañarse la divergencia de los resultados. Woyeikov ha calculado¹ que una población de dieciséis mil millones de hombres en la sola banda ecuatorial comprendida entre el grado 15 norte y el grado 15 sud sería perfectamente normal. En las regiones tropicales productivas en bananas y otras plantas de considerable rendimiento nutritivo, basta una superficie de 15 metros cuadrados, dice Humboldt, para producir regularmente el alimento de un hombre. Es decir, que si en las cuencas del Ganga y de otros ríos de la India, sobre la vertiente oriental de la meseta mejicana, en las Yungas de Bolivia y los valles fluviales de Colombia, del Brasil, sobre las costas de la América central, se utilizaran las tierras de fecundidad poderosa, se hallarían fácilmente territorios diez y veinte veces mayores que los 22,500 kilómetros cuadrados necesarios para asegurar su subsistencia á la humanidad entera, que, proporcionalmente, podría alcanzar sin peligro quince, veinte, treinta

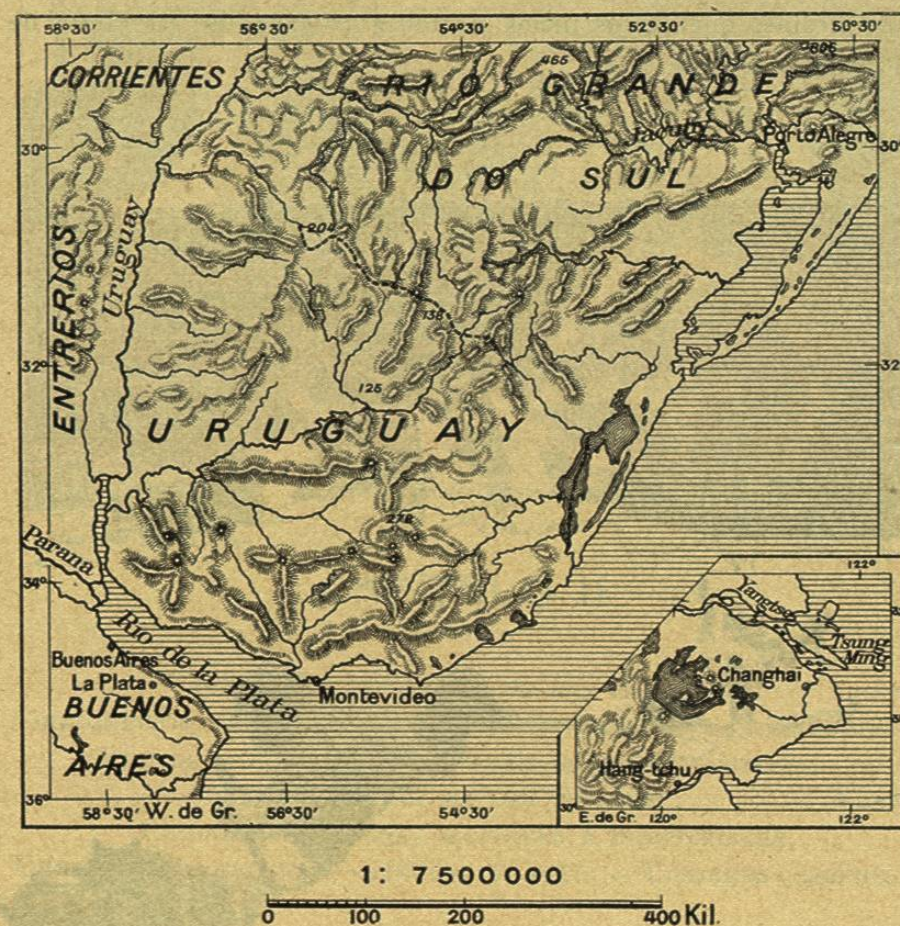
¹ Giuseppe Ricchieri, *Università popolare*, 1903, n.º 24.

mil millones de individuos. Existen ya distritos puramente agrícolas en que la población, viviendo únicamente del producto de sus huertos, excede con mucho en densidad kilométrica á los distritos industriales que existen alrededor de nuestras fábricas de la Europa occidental. Sirva de ejemplo la isla de Tsung-Ming, donde cerca de 1.200.000 habitantes, que corresponden á 1,475 por kilómetro cuadrado, renuevan incesantemente el suelo para sacar de él su pan.

Haciendo constar que ninguna consideración de cantidad puede prevalecer sobre la cualidad de la humanidad de mañana, podemos admitir con un evaluador circunspecto, Ravenstein, que la capacidad de acomodación de nuestra Tierra se elevaría á seis mil millones de seres humanos. Sin embargo, semejantes cálculos carecen de valor positivo en cuanto parten de la hipótesis primera de que las condiciones actuales de trabajo no han de cambiar, y que la Tierra se llenará poco á poco siguiendo el modelo presentado en nuestros días por las diversas regiones de Europa: ha de considerarse este hecho capital, que el cultivo no tiene aún el carácter intensivo dictado por la ciencia, y que el aumento de los productos facilitará el aumento de los hombres, según una tasa completamente imprevista. Además, ha de reconocerse que la extensión de las buenas tierras, actualmente muy limitada, no puede menos de ensancharse en grandes proporciones, en una parte por la irrigación del suelo, en otras por el drenaje ó por la mezcla de los terrenos. En realidad antes no existían «buenas tierras»: todas han sido creadas por el hombre, cuya potencia creadora, lejos de haber disminuído, se ha aumentado, por el contrario, en enormes proporciones. Las regiones que en nuestros días han llegado á ser fecundas, estaban antes cubiertas de bosques y pantanos; gradualmente, de siglo en siglo, el hombre ha conquistado por la azada ó el arado mayores extensiones, y los mismos espacios que no podían alimentar un solo individuo por la caza ó por la pesca, alimentan hoy á centenares; hasta los campos de guijarros, las canteras, las rocas, como las de Malta, se convierten en fértiles jardines en los que el trabajo almacena, bajo forma de plantas, una reserva de calor solar cada vez más considerable. Todo progreso de la ciencia agrícola sobre los diez mil millones de hectáreas que la humanidad posee

en tierras cultivables, representa un aumento posible de alimento y un aumento correspondiente de alimentados. Precisamente la parte del mundo que, en su conjunto, está mejor adaptada á la produc-

N.º 482. Dos territorios de la misma población: Uruguay y Tsung-Ming.



La República del Uruguay contaba 1.038,086 habitantes en Diciembre de 1904: ha de añadirse á ese territorio una porción de la provincia brasileña de Río Grande do Sul (1.149,070 habitantes en 1900) para llegar á los 1.200,000 insulares de Tsung-Ming. Se observará que los dos países están situados en la misma latitud, aunque en hemisferios diferentes.

ción vegetal y, por consecuencia, á la alimentación humana, está apenas tocada por el trabajo en la inmensidad de su contorno; y ese trabajo está dedicado en una buena parte á la producción ó á la cosecha de géneros industriales de utilidad secundaria. Hay ex-

tensión forestal de un millar de kilómetros cuadrados que apenas ofrece algunos claros donde el hombre se ocupa en arañar el suelo para depositar en él la semilla que se reproducirá al céntuplo, si las hierbas locas no lo sofocan inmediatamente. En Colombia hay aglomeración de cabañas habitadas por pescadores que no tienen otros jardines que cestos llenos de tierra colgados de las ramas de los grandes árboles.



REPARTO DE LOS HOMBRES

La geografía no es una cosa inmutable; se hace y se rehace todos los días, y a cada instante se modifica por la acción del hombre.

CAPÍTULO II

HORROR Y ESPLENDOR DE LAS CIUDADES.
 INMIGRACIÓN DE LOS CAMPESINOS. — REPARTO DE LAS CIUDADES.
 RED DE ETAPAS. — CRECIMIENTO NORMAL Y ANORMAL.
 ORIGINALIDAD DE LAS CIUDADES.
 CIUDADES POLÍTICAS, MILITARES É INDUSTRIALES.
 ORGANIZACIÓN URBANA. — HIGIENE Y ARTE. — CIUDADES-JARDINES.

A la fuerza de atracción natural del suelo que tiende á repartir normalmente los hombres, á distribuirlos de una manera rítmica sobre toda la Tierra, se une en el mundo moderno una fuerza completamente opuesta en apariencia, la que agrupa centenas de millares y hasta millones de hombres en ciertos puntos estrechos alrededor de un mercado, de un palacio, de un foro ó de un parlamento. Hay ciudades, ya considerables al principio de la era de las vías férreas, que se convierten en ciudades